buscaba los brazos de mi madre; subía la oración del corazón á los labios, promovida por el sentimiento de que únicamente un Dios infinitamente bueno podía haber hecho el corazón humano capaz de la dulzura infinita que me embriagaba; y mientras adoraba la vida, veía también hermosa la imagen de la muerte, porque me parecía que ni siquiera ésta habría podido apagar la llama omnipotente que ardía dentro de mí, y que la vida futura no pudiese ser otra cosa que la satisfacción absoluta y el triunfo inmortal de la pasión que me levantaba del suelo...

Y esto basta: porque entre otras muchas cosas, no he comprendido nunca cómo un hombre puede contar al público su primer amor!



## UN GRAN DOLOR

Me despertó de aquel sueño un golpe fulminante.

Una noche, mi padre, apenas se sentó á la mesa con nosotros, se dejó caer de la mano el tenedor; dos veces se esforzó por cogerle sin lograrlo.—No me siento bien—dijo,—y levantándose con trabajo, se sentó en el sofá, permaneciendo inmóvil un rato con los ojos fijos y sin hablar. Luego quiso ir á la cama y fué con gran dificultad, arrastrándose, sostenido por mi madre y por uno de mis hermanos. Se mandó llamar al médico, que acudió en seguida.

Desde el cuarto inmediato oi la terrible sentencia.

Estaba perdido.

Un golpe de apoplejía le había cogido toda la parte derecha del cuerpo y le había atacado el cerebro.

Así, de golpe, se apagaba, como quien

sopla una luz, aquella mente penetrante y lúcida, dotada de una razón poderosa y de exquisitas facultades artísticas, abierta á toda idea hermosa y apta para todo género de estudio y de disciplina; así concluían cincuenta años de trabajo útil, de vida honrada y fecunda, de cuidados y de sacrificios afectuosos y continuos por la familia, antes de que pudiera él obtener recompensa alguna del buen éxito de sus hijos. Se acababan con el desconsuelo de dejarnos cuando aún teniamos necesidad de él y con la angustia de lanzarnos, desde una situación holgada, á las penalidades y á la incertidumbre del porvenir, como si no hubiera trabajado, luchado tanto tiempo, más que para hacernos más funesto su fin.

Desde aquel día nuestra casa fué una tumba, en la cual, todavía vivo, estaba como sepultado, y separado de nosotros más terriblemente que por la muerte, puesto que no teniendo ya padre, permanecía aún delante de nosotros, como la imagen misma de nuestra desventura, su sombra dolorosa. Todavía hablaba, pero con palabras inconexas é insensatas que nos laceraban el corazón más que el silencio de la muerte; recordaba aún nuestros nombres, pero

como si no viera en nosotros más que sombras, y nos escuchaba con la mirada fija y con la frente fruncida, haciendo un esfuerzo intenso y prolongado para recoger y enlazar las nociones rotas de la inteligencia; no nos entendía, como si le hablásemos en una lengua desconocida ú olvidada, que no llegara á herirle más que el oído. Y si alguna vez, por pocos momentos, le volvía un vislumbre de inteligencia, eran aquéllos los momentos de mayor angustia, porque, teniendo como á chispazos conciencia de su desventura, se golpeaba la frente con la mano en actitud desesperada, y expresaba el deseo de morir, la pena de verse reducido á ser un «fastidio» y un «estorbo», el tormento que le destrozaba de no poder hablarnos ya ni entendernos, y todo esto lo expresaba con exclamaciones entrecortadas y violentas, con golpes de llanto acerbo que nos hacían huir de su lado sollozando.

¡Pobre padre mío! Solamente entonces, en mis largas horas de pesadumbre, recorriendo el pasado, comprendí yo toda su bondad, todas sus virtudes de hombre y de padre. Su amor por nosotros tenía algo de austero; él nos quería, pero no nos adoraba, y en esto también era sabio; y por esto sus caricias, por más que fueran frecuentes, nos hacían el efecto de una recompensa ansiada. Él había sido para nosotros el primer maestro. Cuando todavía éramos niños, nos llevaba á dar largos paseos al campo; para nosotros estos paseos eran una verdadera fiesta; y, por el camino, nos contaba siempre en forma agradable algo útil, indicándonos la belleza del paisaje, enseñándonos los nombres de las plantas, estimulando y satisfaciendo con mil medios ingeniosos nuestra curiosidad infantil.

Él nos hacía cuadros sinópticos que nos facilitaban el estudio del latín, nos enseñaba el francés, que sabía muy bien, y la caligrafía, en la cual era maestro; nos hacía cuadros en colores para que aprendiéramos mejor la nomenclatura italiana de los objetos domésticos, y nos dibujaba mapas geográficos con un método especial suyo, que le costaban semanas enteras de trabajo.

Dotado de muchas y finisimas habilidades mecánicas, las ejercitaba constantemente en provecho nuestro; nos encuadernaba libros, nos hacia juguetes, nos construía muebles pequeños, nos esculpía las cabezas de los muñecos, nos pintaba los

telones para el teatro. Y, sin embargo, siendo padre tan trabajador y lleno de pensamientos extraños á su oficio, era un empleado más que diligente, de ardoroso celo, hasta un punto tal, que todos los años enviaba al Ministerio grandes proyectos de reformas en la contabilidad, sobre las cuales se le veia trabajando meses enteros. Y no restringia su vida intelectual al circulo de la oficina y de la casa; leía libros nuevos de todos géneros, sabía de memoria un gran número de poesías, que recitaba admirablemente, tenía una admiración apasionada por los grandes hombres de ciencia y por los artistas notables, visitaba estudios de pintores y establecimientos industriales, iba siempre en busca de todo hombre ilustre, que visitaba nuestra ciudad, presentándose á él sin más título que el de admirador, como un jovencillo entusiasta.

No conservo de él otra imagen que la de un hombre con el pelo y barba blancos; así me parece haberlo visto siempre, y, sin embargo, no me parecía viejo, y no me pasaba por la mente jamás que pudiera morir antes de llegar yo á ser un hombre: tan sano era, tan vigoroso, tan vivo, aun en sus conversaciones con la familia, lle-

mano que le comprime.

nas de recuerdos y de ideas, de citas y de chistes. Y recuerdo que como indicio que me mostraba que tenía que vivir mucho tiempo, sentia gran placer, cuando, poniendo yo en su ancha mano, las dos mías, él, por juego, me las apretaba como con una tenaza, hasta hacerme lanzar un chillido, que yo exageraba de intento, para darle una idea más grande de su fuerza. Vivió mucho, es verdad, pero murió demasiado pronto para nosotros, y para el premio que su nobilisima vida merecia. ¡Pobre padre mio, mi maestro y mi amigo, que me has dado ejemplo de todas las virtudes y me has colmado de todos los beneficios, que yo no he podido pagar con una sola prueba de público reconocimiento, yo, que ciertamente, siendo el último de tus hijos, fuí el más doloroso, el más desesperado de tus últimos pensamientos!

Y mientras decía para mí estas cosas, de noche, sentia en el cuarto inmediato su delirio compasivo, exclamaciones ahogadas y sin sentido, que me entraban en el corazón como puñaladas, y las palabras dulces y tristes de mi madre que lo velaba, las cuales me hacían sufrir aún más que las suyas.

¡Qué noches tan terribles, y qué terribles días! Mas es tanta la fuerza de la vida á los quince años, que el ánimo no queda postrado mucho tiempo, ni siquiera por los más grandes dolores, de los cuales se desliga para elevarse impetuosamente, como el salto de agua vigoroso que rechaza la

CAMBIO DE RUTA

Esto me ocurrió á mí pasados algunos días. Del cambio de condición de la familia por lo que respecta á medios económicos no sufri ninguna pena, ni siquiera me causó preocupación alguna; y sin embargo, el cambio había sido tal, que yo no podría ya hacer los estudios universitarios sin graves sacrificios para mi madre y mis hermanos. Estaban dispuestos á hacerlos, y los hubieran hecho con gusto; lo comprendí así, y me lo dijeron. Pero también comprendí que era deber mío tomar espontáneamente una determinación que les librara de aquella

carga; esto es, elegir una carrera que me pusiera lo más pronto posible en grado de ganarme la vida.

¡Adiós, por consiguiente, soñados triunfos del foro! Renuncié à él, sin embargo, sin ninguna pena, como había renunciado al teatro y al circo ecuestre.

Los entusiasmos patrióticos estaban aún vivos; el período de las guerras nacionales abierto, mi pasión por el ejército no del todo extinguida: elegi la carrera militar. Se decidió, sin vacilar, que terminase el segundo año de Liceo, y que en los comienzos del año próximo entrase en un colegio de Turín para prepararme á los exámenes de ingreso en la escuela de Módena. Y la buena voluntad, más bien la alegría con que tomé aquella decisión no fué turbada en nada por el hecho de que precisamente en aquellos días adquiriera conciencia clara y firme, dispuesta á no rendirse jamás, de poder llegar á ser, fuese como fuese, un escritor.

Fué por una casualidad, casi siempre ocurre así, como se encendió en mí aquella nueva llama á perpetuidad.

Una mañana el profesor de literatura italiana nos hizo en clase una composición

sobre el tema: I promessi Sposi. Dos dias después, habiendo leido todos los trabajos, tuvo la bondad de sentenciar que el menos malo era el mio; pero con una frase bastante más cortés que ésta, seguida de varios comentarios, que terminaban con una falsa profecia. Y fué precisamente aquella falsa profecía la que decidió de mi destino. Quizá habria tomado más tarde el mismo camino, aunque no me hubiera empujado entonces aquel pequeño éxito; pero es un hecho, que únicamente después de aquel día, comencé á estudiar y á escribir con el propósito determinado y con la viva esperanza de conseguir algo con la pluma, y que desde aquel momento mi pasión por la literatura no tuvo ya más intermitencias.

Las primeras cosas que escribí fueron disertaciones en forma de cartas, dirigidas ora á uno ora á otro de mis amigos, pero cartas que me habrían costado un ojo de la cara si las hubiera mandado por el correo, y que nadie hubiera leido siquiera hasta la mitad, si hubiese tenido el valor de regalarlas á quien me había servido de blanco para escribirlas. Eran cuadernos, y trataban de todo, sin decir precisamente nada, giros de frases, fugas interminables de pa-

labras, cascadas de períodos, nada más que ejercicios de imaginación y de estilo, en los cuales metía á viva fuerza mis reminiscencias de lecturas, y daba amplias vueltas de águila para venir á parar á una imagen ó á una locución determinada, casi nunca mía, que me parecía una flor ó una perla; y aun vaciaba sin vacilar un saco de cosas ajenas, teñidas únicamente con los colores de mi tontería, y desparramadas con cierto arte para que se confundiese mejor con la mercancía de mis almacenes; mas había, sin embargo, en aquella prosa de charlatán y de ratero algo de personal, y era la música, que ha cambiado poco desde entonces.

Con aquellos ejercicios me soltaba la mano para escribir, aprendía á traducir en palabras el sentimiento tal cual brotaba del alma, á expresar de distintos modos mi pensamiento, y á atar y desatar entre si los periodos, á manejar con destreza el material lingüístico que tenía ya acumulado en la memoria.

Y al mismo tiempo que con la prosa, me desenfrenaba con los versos, porque creía firmemente poseer todas las formas del lenguaje literario. Había leído por primera vez en la primavera de aquel año las liri cas y las baladas de Prati, y aquella onda sonora de rimas, aquel deslumbramiento de relámpagos y de colores me produjo el efecto que suele producir en un joven la primera vista de una gran sala de baile llena de magnificencia, en la cual se arremolina una multitud de señoras hermosas prendidas con flores y con joyas. Y mis poesías eran todas una imitación, casi un plagio del «soberbio señor de los colores y del sonido», sacadas á luz con una facilidad de versificador espontáneo, sonoras como concierto de campanas y luminosas como fuegos de Bengala; himnos y baladas de un Prati infantil.

Mas no puedo expresar todo el placer que sentía en aquellas largas horas de «escribidor» diurno y nocturno, en las cuales se me hacía importuna la hora de comer y de la cena, y me cogía de improviso la noche, y perdía casi por completo el sentido de la vida exterior. Y fué providencial para mí aquella especie de fiebre literaria, porque teniéndome de este modo continuamente absorto, me hacía vivir fuera de la gran tristeza que pesaba sobre mi familia y olvidar casi la desventura. Sólo de cuan-

do en cuando se levantaba delante de mi de propto la imagen del pobre viejo que yacía inmóvil en el lecho al extremo opuesto de la casa; y el pensamiento de que él no sabía nada de aquella nueva felicidad mía, que no leería nunca nada ni de aquello que entonces escribía ni de cuanto llegase à escribir en el porvenir, me hacía reposar la pluma y quedarme meditabundo con los ojos llenos de lágrimas. ¡Ah! cuánto hubiera gozado con que hubiera vivido todavía, y me trajera para que se lo copiara algún cuadro de sus proyectos de reforma administrativa, y cómo me dolía amargamente de no haberle ocultado alguna vez la mala gana con que interrumpia mis lecturas literarias por obedecerle, cuán odiosa me parecía en aquellos momentos mi ingratitud, y con qué palabras dolorosas y suplicantes pedía por ello perdón á su memoria.



## ASPROMONTE

De aquella furia de escritor me hizo salir por algunos días, en el mes de Agosto, Garibaldi. El grito de Roma ó Muerte despertó de pronto la llama de mis pasiones políticas, y me lanzó de nuevo en medio de mis compañeros revolucionarios para agitar y vociferar contra «el hombre de Novara» y «la esfinge de Paris». Nosotros queríamos, por de contado, ir á Roma, á cual-quie-ra cos-ta, y ni por sueño dudábamos que Garibaldi, que entonces se dirigia hacia Catania con sus voluntarios, llegase á punto, á despecho de todos los diablos y de todos los santos. Y no queríamos oir razones. El que nos decía: -¿Y si Francia nos acomete? -- contestábamos: -- Haremos la guerra á Francia.-¿Y si se nos viene encima el Austria? - Nos revolveremos contra Austria.-Pilades, Orestes, Electra, todos à la muerte.

El día que llegó la noticia de Aspromonte, nos reunimos unos quince amigos en una pasteleria, presididos por un veterano garibaldino del 60, barbilampiño endemoniado, que para el caso se había cubierto la cabeza con su vieja y descolorida gorra encarnada; y, desenterrando en casa del pastelero una bandera descolorida y rota, que nunca había visto más que el fuego de la marmita y parecía un resto de veinte batallas, recorrimos la ciudad cantando el himno de Mercantini y gritando Roma ó Muerte, entre el estupor, las sonrisas y las miradas de reprobación de los ciudadanos pacificos, á quienes haciamos el efecto de un pelotón de locos escapados de un manicomio.

Estábamos sobre todo furiosos contra el coronel Pallavicini, que pocos días antes había salido de la ciudad para ir-á asumir el mando de los cazadores, conducidos luego por él mismo al asalto de Aspromonte; de aquellos cazadores que dispararon la bala fatal que partió el pie á Garibaldi. Sí, era un odio á muerte contra el coronel Pallavicini, que tantos años vivió entre nosotros y que de esta suerte pagaba nuestra afectuosa hospitalidad, derramando la sangre de nuestro Dios. Alguien habló de

hacérselo pagar muy caro, si hubiera tenido el valor de volver á la ciudad. Su promoción á general todavía encendió más nuestras iras, como una provocación después de la ofensa. Se discutió la idea de comprar una fotografía suya muy grande, que estaba expuesta en el escaparate de un librero, para hacer con ella un auto de fe delante del-Gobierno; pero hacian falta para ello cinco pesetas y preferimos gastarlas en cerveza. Subió luego al colmo nuestra indignación (y, bromas aparte, fué una gran tristeza) cuando vimos pasar por las calles de la ciudad una columna de garibaldinos prisioneros, que eran conducidos á un fuerte de los Alpes. ¡Qué impreso me ha quedado aquel espectáculo!

Serian un centenar, marchaban entre dos filas de cazadores: los primeros con blusa encarnada, hombres en su mayoria maduros, algunos con el pelo gris y con el pecho relumbrante de medallas, figuras hermosas y soberbias que caminaban con la frente alta y con paso resuelto; los últimos, una turba de pobres muchachos harapientos, medio descalzos, con aire cansado y triste, que pregonaba una historia miserable de privaciones y de trabajos;

figuras de mendigos más que de soldados, que al oir nuestros gritos de: «¡Viva Garibaldi!» se volvían á mirarnos con aire sorprendido, y escudriñando en derredor como si buscasen pan.

¡Ah!, qué furiosas discusiones aquella noche en el café con nuestros amigos soldados, que nos llamaban los Roma ó muertos y se burlaban de los libertadores de Roma sin zapatos, y cantaban himnos al «vencedor de Aspromonte». Se llenó de gente la sala, acudió el dueño y estuvimos á punto de andar á cachetes.

Y nuestro enemigo, el vencedor, al fin volvió. Le encontré una noche bajo los soportales, vestido de paisano, que iba á paso ligero y mirando atentamente como si buscara á alguien con quien reunirse.

Le cedi la acera temblando y le lancé una mirada homicida. No lo advirtió: pensaba en muy otras cosas. Volviendo la cabeza, vi que á pocos pasos salía de debajo de los pórticos y se subía á un carruaje aristocrático, donde le esperaba una hermosa señora. Las dos cabezas se acercaron, el carruaje echó á andar, yo me quedé como encantado y Aspromonte se quedó sin venganza.

## UN RÍO DE TINTA

Volví à entrar entonces en mi oficina literaria y no salí ya de ella en todo aquel año. Tuve solo algún día de melancolía, al inaugurarse el curso, pensando en mis antiguos compañeros que entraban en el tercer año de Liceo, al cual yo había renunciado: un sentimiento como de nostalgia de la escuela, que yo dejaba sin haber concluído los estudios, y más que nada de desconsuelo, por el abandono de los estudios clásicos,... me parecía como una decadencia de mi dignidad intelectual. Fué sin embargo una melancolía dominada pronto por el ardor del trabajo, si puede darse este nombre á aquella erupción de palabras, que volvió á apoderarse de mí después de los días de Aspromonte, más copiosa y más violenta que nunca.

Me quedé muy sorprendido al encontrar, muchos años después, en el fondo de un ca-